

los Apeninos, exhortándose mutuamente, recibiendo y probando á los nuevos discípulos, distribuyendo su vida en dos partes: la una que consagraban á Dios y á la contemplacion, y la otra que consagraban á sus semejantes. Era comun que atravesando un viajero los grandes bosques de robles, percibiese al cielo raso, ó sobre el pico de una roca, á uno de estos nuevos religiosos de que hablaba toda la Italia; que ocultaba en la soledad sus fervorosas oraciones; y tocado entonces en su corazon, y sintiendo que su piedad se encendia con aquella devocion tan viva, pedia como gracia se le admitiera en la Orden. Otras veces se les veia pasar sin capa, porque en nombre de Dios, que nació y murió pobre, algun mendigo habia obtenido la única que podian poseer.

Cuando llegaron á doce, se puso á considerar San Francisco si convendria continuar una Orden puramente contemplativa, o fundar otra que por su vida activa, sus predicaciones, sus estudios y sus ejemplos, hiciese circular la savia espiritual. Tenia muy presente su primer objeto, que era honrar y hacer honrar la pobreza y los pobres. Pero ¿como

conseguiria mejor este objeto? Dudó algun tiempo, y suplicó despues á algunos de estos religiosos meditaran sobre esta cuestion, que era decisiva para el estado futuro de los Hermanos Menores.

Por lo que toca á San Francisco, aunque se entregó de una manera muy especial á la vida contemplativa, no tardó en comprender que su obra no podia ser individual y carecer de relaciones con el mundo. A la verdad, una institucion monástica, medianamente considerable, puede aislarse á sí misma, limitarse á orar y á sufrir por sí. Alguna vez, serán estas instituciones el refugio, siempre necesario, de esos caracteres escepcionales, que no pueden acomodarse á las leyes generales de la sociedad, ó de esas existencias atormentadas de continuo por un dolor irremediable. Sin embargo, si el cristianismo incluye dentro de sí estas almas, porque él lo comprende todo, y les proporciona un asilo, no es por esto menos cierto que impone á sus discípulos una accion no solamente individual, sino tambien colectiva. Enséñales que todos los hombres han pecado en su primer padre, y que todos son rescatados por el segundo Adán,

por el Hombre Dios, en virtud de una mancomunada mística. Dáles por modelo al que, en su perfeccion soberana, no ha tenido nada que rescatar para él mismo, ante la eterna justicia, y que sin embargo ha querido ofrecerse en sacrificio por el género humano. Díceles que el que salva otra alma salva la suya, y engendra en ellos este espíritu de proselitismo inmenso que hace diez y ocho siglos circula en la sociedad cristiana y la dilata, sin consumirla, hasta las estremidades de la tierra. San Francisco que comprendia de una manera tan íntima no solamente la fraternidad humana, sino tambien la fraternidad universal, debía mejor que otro ninguno entender el precepto evangélico de la mancomunidad, y decia con frecuencia á sus discípulos: "Fijad la atención, hermanos míos, en que Dios no solamente nos llama en su misericordia para salvarnos, sino tambien para la salvacion de otros muchos." Así, despues de haber meditado en su conciencia y delante de Dios, decidió que la órden nueva no debía restringirse á la vida puramente contemplativa. "Sin duda, decia á sus hermanos, hay en la pura contempla-

„ cion una santa union del alma con la ver-
 „ dad y la beldad eternas; porque es como una
 „ vida superior donde nuestro espíritu conversa
 „ con los ángeles; pero, por otra parte, lo que
 „ nos debe sobre todo conducir á la presencia
 „ de Dios, es que su Hijo, la Sabiduría divi-
 „ na, ha descendido del seno del Padre para
 „ salvar las almas; y como nosotros debemos
 „ hacer todo imitándolo, parece que Dios pre-
 „ fiere que dejemos algunas veces el reposo
 „ de la meditacion interior para trabajar por
 „ fuera."

Mientras tanto, volvió á Santa María de los Angeles el mensajero que habia ido á consultar á los religiosos, y trajo la respuesta que San Francisco habia hallado ya en el Evangelio y en su corazon. "Vamos, vamos adelante en nombre del Señor," exclamó el Santo en un acceso repentino de entusiasmo; é inmediatamente se esparcieron por el mundo los Hermanos Menores para traerlo de nuevo al amor de Dios y al respeto de la pobreza. Vinieron á ser entonces, lo que fueron por el espacio de tres siglos los oradores populares de la Italia, de la Francia, de España, Inglaterra, Flandes y Alemania.

No es, acaso, uno de los menores vacíos de la historia de Italia y del siglo XIII, las pocas noticias que hasta ahora se han podido recoger acerca de estos pobres monges, que no fueron de los menores adversarios de los Césares y de la tiranía feudal en la Edad Media. Sabemos que los pueblos seguían en multitud innumerable los pasos de San Francisco, y después los de San Antonio de Padua y los del bieuaventurado Juau de Vicenza, continuadores de aquel, Aldeas y ciudades enteras, mujeres, niños y ancianos les seguían, en la noche, por los caminos y por los campos, con ramas de pino encendidas, para poder oírlos antes de salir el sol. Desgraciadamente, no tenemos más que algunos fragmentos sueltos de estas arengas á la vez religiosas y políticas; sin embargo, tenemos lo bastante para que podamos designar los dos caracteres más prominentes que los distinguen, y que les han dado una influencia decisiva en los destinos de la Italia y acaso de la Europa.

Acabamos de hablar de arengas á la vez religiosas y políticas, y es necesario que nos espliquemos. Cuando estos piadosos apósto-

les populares habían meditado profundamente con su corazón, así como con su espíritu, sobre las perfecciones divinas, no tomaban partido en las miserables querellas que entonces turbaban las mil ciudades de Italia, Ellos no comprendían, no amaban, no predicaban sino dos cosas: la concordia y la libertad; la libertad en el interior, y la libertad en el extranjero. Esta era su única política; ¿pero no es esta la primera de todas, y la más fecunda?

Fácilmente se conoce que con el carácter evangélico y este sentimiento de fraternidad universal que se manifestaba en las palabras y en el corazón de Francisco, era la concordia la que recomendaba ante todas cosas. Y además del valor intrínseco que ella tiene, ¿no son la paz y la unidad en Italia lo mismo que en todos los lugares, la primera condición de la independencia? Este era ciertamente el gran pensamiento de las almas generosas en la Edad Media. El pueblo italiano, más que ningún otro, aspiraba á este fin, al cual no debía llegar; pero es ya demasiado el tiempo que hace que lo desea, para que deje de conseguirse algún día.

Al nacimiento de Francisco, un hombre

de Pisa, á quien las leyendas miran como S. Juan Bautista, habia recorrido las calles de Asis, gritando. *¡La paz y el bien! ¡el bien y la paz!* Este fué el grito popular que el santo mendicante venia á repetir y santificar, por decirlo así, en medio de las disensiones constantes que no solo levantaron á todas las ciudades de Italia unas contra otras, sino que tambien hicieron de ellas una liza siempre abierta, donde los obispos, los señores, los comerciantes, el pueblo, *los negros y los blancos*, los güelfos y los gibelinos, unidos ó separados, peleando ó coligados, desterrando ó desterrados, y pasando de la odiosa licencia á la tiranía mas odiosa aún, se arrebataban, se disputaban, y se volvian á tomar en sangrientas alternativas, los girones desgarrados del poder.

Lo que hubo de admirable en San Francisco y en sus discípulos, es que en medio de estas pasiones rivales, de las que encontramos tantas repeticiones en la *Divina Comedia*, tuvieran fuerza, cosa á la verdad muy difícil, para permanecer neutrales. Nunca dijeron: de este lado está el orden, la seguridad, el sincero respeto de los principios socia-

les; y del otro la religion y el mal. Bastábalos hacer descender sus bendiciones y súplicas sobre de todos, á fin de inspirar en todos los corazones la mútua tolerancia.

Cuando estalló la guerra entre el clero y los seglares, parecia ciertamente muy natural que los Hermanos Menores tomaran partido; pero se guardaron muy bien de confundir los intereses de la religion con los intereses eclesiásticos. Nunca consintió San Francisco en salirse del espíritu de conciliacion, que tanto amaba, aunque fuese en beneficio de los obispos que con mas energía habian defendido su orden. El obispo de Asis, á quien San Francisco debia la poderosa proteccion del cardenal de Santa Sabina, estaba comprometido en una lucha violenta con los magistrados de la ciudad. Habíase ya lanzado el entredicho; dirigíanse amenazas de una y otra parte; la sangre podia correr; ¿y qué hizo S. Francisco? ¿declaró herejes á los ciudadanos que combatian contra el prelado? ¿condenó desde lo alto de su asiento á los rebeldes que habian perdido el respeto á la autoridad, y sobre los que era necesario hacer pesar el yu-

go saludable del despotismo teocrático? No; su espíritu verdadera y santamente evangélico no lo condujo á estas violencias ni á estos abusos de la fuerza bruta. Hé aquí lo que hizo:

Poco tiempo antes, en uno de esos arrebatos de entusiasmo, en presencia de la naturaleza, á través de la cual su alma veía á Dios, habia compuesto este *Cántico del Sol*, que debia ser celebrado en toda la Italia.

“Muy alto, muy poderoso y buen Señor, á vos las alabanzas, la gloria y el honor! á vos toda bendición! De vos viene todo, y á vos vuelve todo! Y ningun hombre es digno de nombraros!

“Lorado seáis, mi Dios, con todas las criaturas, y sobre todo á causa de mi señor nuestro hermano el Sol; por él brilla el día que nos ilumina; es hermoso, y despide luz en su esplendor; es vuestro prodigio, oh Señor!

“Lorado seáis, mi Dios, por nuestra hermana la Luna y las Estrellas; vos las habeis creado en los cielos claras y bellas!

“Lorado seáis, mi Dios, por nuestra herma-

“na el Agua; ella es útil y humilde, preciosa y casta!

“Lorado seáis, mi Dios, por nuestro hermano el fuego; él ilumina las tinieblas; es hermoso, agradable, vigoroso y siempre está alerta!

“Lorado seáis, mi Dios, por nuestra hermana la Tierra; ella produce los frutos, las yerbas y las flores, matizadas de todos colores!”

Este cántico era el himno favorito de San Francisco.

“Y mucho se regocijaba, refiere la *Crónica de los Menores*, cuando lo oia cantar con gracia y fervor; porque oyéndolo se elevaba maravillosamente su espíritu á Dios.” En los momentos en que las querellas estuvieron mas vivas, añadió la estrofa siguiente:

“¡Bendito seáis, mi Dios, por aquellos que perdonan en nombre de vuestro amor, y que soportan las miserias y tribulaciones! Bienaventurados los que saben vivir en paz! el cielo los coronará!”

Muchos religiosos tuvieron encargo despues, de ir alternativamente á cantar en coro,